

que conoce de verdad a la URSS y que, posiblemente poco antes de que él mismo decidiera marcharse, fue expulsado del Partido Comunista Español por Santiago Carrillo. Por cierto que Carrillo, durante la ya arruinada aventura estratégica del llamado eurocomunismo, al ser interpelado por un periodista que le recordaba las semejanzas (creo que más aparentes que reales) de su proyecto neocomunista con las posiciones políticas mantenidas por Fernando Claudín y por Jorge Semprún un cuarto de siglo más atrás, comentó con su reverendo cinismo que ambos dos expulsados, que ambos dos disidentes, tenían, en efecto, razón, pero una razón prematura. Esta palabra, *prematura*, es clave. Los disidentes siempre son prematuros. Siempre madrugan demasiado. La oposición es siempre prematura. Los pueblos nunca están preparados para la democracia. Las «masas» siempre han de aguardar un poco más a que las condiciones objetivas..., etcétera, y etc. Los españoles sabemos algo de esto. El franquismo, previo amordazamiento de los medios de comunicación social, previo sometimiento de la prensa, la radio y la televisión, siempre intentó convencer al pueblo español de que aquellos que protestaban contra la dictadura, los disidentes, eran poco menos —o más— que delincuentes, o masones, o perturbados. En los años sesenta un puñado de esa variedad de delincuentes se reunieron fuera de España para iniciar un proceso de diálogo de las fuerzas políticas con vistas al relevo del franquismo. La polvareda de violencia verbal que levantaron entonces los franquistas contradecía, con su nerviosismo y sus gigantescas proporciones, la imagen que quisieron vendernos sobre aquellos delincuentes: no eran más que un puñado de traidores y dementes, no representaban a nadie, eran sólo unos pocos y asquerosos granos sobre la piel inmaculada de la historia de España. A aquella reunión celebrada en el exterior (a la que la derecha puso un nombre tan cursi como beligerante: «Contubernio de Munich») acudieron muy pocos disidentes. Estaban perturbados y no representaban a nadie. Eran retrasados mentales, eran demócratas. Años después, en esa fiesta civil que son las elecciones libres, se comprobó que los demócratas ocupaban el parlamento, y que de aquellos anteriores procuradores al dictado, diputados a dedo, nadie o casi nadie conseguiría respaldo popular. En el referéndum previo a las primeras elecciones libres tras la desaparición de la dictadura, más del 97 por 100 votamos por la elaboración de una Constitución democrática. Los disidentes, pues, tan prematuros, habían sido además adelantados, como quien dice unos profetas. Y no eran visionarios, perturbados, solitarios, vanidosos, etc., masones. Eran la oposición. «... la oposición reflejaba los sentimientos

y aspiraciones de la gran mayoría de la sociedad»: son las palabras de Claudín referidas al sistema soviético. Si las miramos de muy cerca advertimos que parecen referirse a la época de la dictadura española. ¿Y esto no nos hace pensar? ¿Seríamos tan indignos o tan bobalicones como para no ver que el diagnóstico de una dictadura ha de servir para diagnosticar a otra? ¿Seríamos tan desleales con la especie a que pertenecemos, que llamamos humana y que es preciso que lo sea, como para no ver que todo disidente combate por un ya viejo sueño humano que se sigue llamando libertad? Al hacerse famosa la frase de Lenin («Libertad, ¿para qué?») y, sobre todo, al instalarse el leninismo —origen del estalinismo, y ésta es una cuestión muy dilatada, que no cabe en la dimensión de estas notas, pero que ya ha sido estudiada profusamente (11)— en la conciencia de muchos intelectuales occidentales, la libertad, el más viejo proyecto humano, y el más útil también, ha padecido un retroceso que ha dejado a multitud de comunidades en una especie de intemperie moral, contra la que es necesario combatir, contra la que es preciso el disidente. «El gran acontecimiento del siglo XX fue el abandono de la libertad por los que querían el progreso, desapareciendo desde entonces una esperanza más para el mundo. La libertad burguesa no era toda la libertad, o no lo era cabalmente. Pero de la justa desconfianza por sus precariedades se llegó a desconfiar de la libertad misma o se la difirió para los siglos futuros. Ya sabemos ahora dónde condujo ese renunciamiento y es hora de que admitamos que la libertad total no es algo que un día recibimos de golpe y en su máximo esplendor, sino que debe lograrse día a día en una lucha incesante contra los que quieren arrebatar hasta sus migajas.» Ernesto Sábato escribió estas frases (12) en 1976 y en Argentina, en plena época desaforada de la tiranía de Videla.

* * *

La noche en que tuve que discutir con un exiliado iberoamericano en defensa de Sábato hubiera podido, quizá, permanecer tranquilo, de no haber sido porque oí cómo a Sábato se le llamó cobarde.

(11) Sobre el terror soviético previo al estalinismo informan, entre otros, Jacques Baynac: *El terror bajo Lenin* (Tusquets Editor, Barcelona, 1978); Pedro Archinof: *Historia del Movimiento Macknovista* (Tusquets Editor, Barcelona, 1975); Cornelius Castoriades: *La sociedad burocrática* (Tusquets Editor, Barcelona, 1976); Jürgen Rühle: *Literatura y revolución* (Editorial Luis de Caralt, Barcelona, 1963), y Michael Voslensky: *La Nomenklatura* (Editorial Argos-Vergara, Madrid, 1981).

(12) Pertenecen a su ensayo «Nuestro tiempo del desprecio», recogido posteriormente en *Apologías y rechazos*, p. 123.